*Es muy sencillo, simplemente hazlo.* La frase, que ya no recordaba dónde la había leído, la había hecho grabar en su *Parker* porque necesitaba repetirse que las cosas difíciles están solo a un paso de ser fáciles.

[…]

Júlia notó un sutil roce de desánimo, un ligero malestar sin nombre que a veces afloraba en su consciencia. Se levantó a recoger la cocina, llenó el lavavajillas y escogió el programa corto. Ese evitar las caricias, ese rehuir los momentos íntimos… Un clic dejó entrar el agua. Escuchó cómo fluía y cómo se inundaban sus pensamientos. Otras voces internas le enviaron frases conciliadoras, cosas que ya se había dicho otras veces: que todo iba bien, que no se metían el uno en las cosas del otro y que llevaban una relación más que civilizada.

 […]

Júlia no dijo nada más. Se sentía mal por haber resucitado todo aquello. Sin embargo, le parecía que su boca se comenzaba a liberar de un antiguo esparadrapo que la cubría desde su infancia, como si hubiera comenzado a despegarse en una esquinita, en la comisura tal vez. Era la primera vez que habían hablado del drama. Sí, nunca antes.

Lorenza se había levantado, intranquila, y estaba haciendo cortos paseíllos frente al ventanal del jardín, como buscando otra vez la alegría de vivir en las pequeñas cosas, en las flores, en el intenso verde del césped. Júlia se le acercó, le cogió una mano y le besó la palma.

[…]

—Una vez mi padre dijo algo que… en fin, que me hizo pensar —continuó Ingrid apurando su café—. Dijo que lo más importante de la comunicación es lo que no se dice.

Júlia se sintió directamente aludida. Esa frase describía su situación. Era lo que no se hablaba lo que tenía importancia y, en su caso, una importancia crucial. Se removió inquieta en su silla.

[…]

Se revolcaron sobre la grava en una batalla que quería ser pueril y acabaron besándose con una pasión desmesurada. No era este el sabor de sus besos, pensó ella tendida aún sobre la gravilla. Habían jugado de nuevo a ser felices porque no querían reconocer que la atracción del inicio estaba dando paso a un estar juntos donde se echaba en falta algo más profundo. Y los besos terminaron sabiendo a piedras y a polvo.

[…]

Porque el drama no es tanto el momento del cuchillo en la mano dispuesto a apuñalar, no es tanto el bocado en el brazo que casi desgarra la carne, no es el golpear con saña hasta la inconsciencia… El verdadero drama es algo intangible pero aterrador, que se apodera de tu yo más íntimo y ya no te suelta. Sabes que acecha porque el aire se enrarece y se hace irrespirable, sabes que te alcanzará porque ha escrito “víctima” sobre tu piel, y que confiscará tu cama porque la volverá de piedra. Es un temblor cuando se anuncia y un grito atroz cuando se desata. Y después, después es un silencio que todo lo engulle, y una vergüenza que todo lo mancha.

[…]

Al llegar a la parte más alta se detuvo a observar la playa. No había colores, solo el gris en mayor o menor intensidad y el blanco de la espuma. El mar reclamaba la tierra. De sus aguas color antracita le llegaba un olor húmedo a sal y algas. El viento la mojaba. […]. El mar, enfurecido, la alentaba a romper moldes. Gritaba como ella quería gritar. Se revolvía furioso en sus entrañas y estallaba en un llanto de mil voces, en una queja interminable que se repetía sin cesar. En las rocas, en un pulso con la tierra, reventaba, y al perder la batalla se desintegraba en una lluvia de espuma.